

excederá en eficacia y en prontitud y en rápidos efectos siempre á las leyes populares. Lo cierto es, que se resistía el pueblo; lo cierto es, que á tal resistencia se generó una guerra civil espantosa; lo cierto es, que á esta guerra civil perecieron ochocientos hombres en la hermosa meridional Nimes, y de un regimiento entero sólo quedaron unos cuarenta en el Este; lo cierto es, que las deserciones por asuntos religiosos llegaron á cuarenta mil y que la Vendée comenzó entonces aquella guerra, peor que los ciclones de sus costas, y muy evitable, si el Congreso procediera con la indispensable prudencia.

Mas vamos cayendo ante las perturbaciones en las faltas mismas que sentimos y lamentamos. Queremos pedirle á las inundaciones aquella medida y contención propias de la canalización. Las épocas revolucionarias en el tiempo se parecen á las estaciones de vivas mareas en el espacio. Los flujos llamados acción y los reflujos llamados reacción, se van de una manera periódica sucediendo con toda regularidad, y unos con otros toman intensidad y extensión desconocidas en los períodos normales. Cuando la idea de arte predominaba sobre todas ideas, el mundo fué como una escuela, el Renacimiento; cuando la idea de religión predominaba sobre todas las ideas, el mundo, lo mismo en las resistencias que en los impulsos, únicamente vió tribunos religiosos, Lutero, Calvino, Savonarola, San Ignacio; monasterios como los de San Marcos, predicadores como los de Edimburgo, órdenes religiosas como los jesuitas y los teatinos; pero, en el momento clásico de la revolución francesa, quería el espíritu aplicar al mundo la idea pura ó abstracta de libertad, y no quedaba otro remedio sino derruir cuantas organizaciones habían acumulado las edades contra este capital factor de la nueva sociedad tal como la señalan el pensamiento de los filósofos y el estro de los poetas. Así llegó tan grande inundación hasta los senos mismos de la Iglesia católica y se llevó una parte de sus viejos factores. A la opresión del individuo siguió un individualismo que no quiso detenerse ante ninguna barrera. Y encontró este nuevo ideal, que se había de los espíritus apoderado, una muy decadente Iglesia. Sillas episcopales allende las necesidades precisas del servicio religioso; división territorial muy semejante á la hecha por los castillos y los terruños feudales; prerrogativas y privilegios de soberanía material incompatibles con el espiritualismo cristiano, siervos en el seno de las Iglesias donde había nacido la igualdad y al pie del árbol de la cruz, cuyas raices habían acabado con todas las ergástulas y extinguido hasta las hogueras del infierno; abates galanteadores, vestidos como petimetres, con el Evangelio en los labios y la Enciclopedia en el vientre; monasterios decaídos por completo de su grandeza y habitados por la ociosidad; el culto muy entregado á la rutina, y la fe muy apagada en los ánimos, junto á preladados con verdaderas rentas de reyes, curas párrocos muertos de hambre; la escuela jansenista por un lado llevando la gracia y sus dogmas á una especie de mitigado protestantismo; la Iglesia galicana separada de la Iglesia universal; he ahí la situación eclesiástica de Francia. Y esta situación databa de lejos. Tenían gracia los reyes

cuando se quejaban de que la revolución disolviera las órdenes y derribara los conventos cuando ellos habían disuelto en bien de su poder y sus grandezas; á los templarios que fueran los ejércitos feudales de Roma en la Edad Media, y á los jesuitas que fueran sus ejércitos permanentes en los tiempos modernos. La verdad es que no podía el novísimo derecho establecerse á sus anchas y en toda su extensión plenísima, sin que se desorganizaran los elementos donde se contenía el espíritu viejo. Y la Iglesia debió correr la misma suerte del Estado en aquella disolución de la sociedad absolutista y en aquel nacimiento de otra nueva sociedad.

Nunca ofreció la revolución al Rey motivo de pena y angustia tan justificado como en este problema del clero. Podréis forzar alguna vez la mano; jamás la conciencia. Para el Rey católico, y para el católico jornalero, sean cualesquiera su prosapia y su oficio, no hay eclesiástico más que aquel consagrado por la Iglesia. Imposible, pues, prestar homenaje á los clérigos de la Constitución civil, juramentados para sancionar su propia destrucción y ruína. La resistencia del Rey en tal punto hubiera estado justificada por la conciencia humana y hubiera sido aplaudida por todo el mundo. Mas, como Luis XVI no hizo jamás á derechas ninguna cosa, juró en público y negó el juramento en secreto, mintiendo y engañando sin reparo y sin escrúpulo. Por tal proceder todos imputan el triunfo de la revolución á su regia debilidad. Sin embargo, con sólo pararse ante cualquier hecho análogo en el tiempo, se observa cómo á reyes fuertes les aconteció lo mismo que al Rey débil; en presencia y en lucha con las ideas progresivas, marraron y sucumbieron. Ningún personaje histórico tan opuesto á Luis XVI como nuestro Felipe II: fuerza éste, debilidad aquel; resolución éste, irresolución aquél; voluntad firme uno y verdadera noluntad el otro, si podemos tomar del antiguo caudal romano la palabra negativa, como hemos la positiva tomado. De Luis XVI se dice que fué indeciso; no puede atribuirse la misma indecisión á Felipe II, el Monarca más resuelto quizás del orbe. Impútase á Luis XVI parte principalísima en la revolución, por haberla promovido con sus concesiones y alentado con sus perplejidades. Y Felipe II, en frente de otra revolución, entre religiosa y política, no tan grave como la revolución francesa, pero tan transcendental, aunque también alguna vez prestó dos juramentos contrarios, nunca sintió incertidumbre ni duda; nunca supo retroceder sino para con más empeño adelantar; nunca cesó de combatir en guerra titánica; y, á pesar de haber contado con los tercios más valerosos del orbe y tenido generales como Esforza, Farnesio, Austria y hecho una guerra cruel, no pudo superar la idea republicana que por las puertas de los hondos calabozos hendía y burlaba, las llamas de los braseros inquisitoriales y á todas las armas y á todas las fuerzas, ella desarmada, ó armada sólo por muchedumbres llamadas de mendigos, triunfalmente sobrepuso, como por un milagro, su fuerza espiritual. Se ha caído en la manía de prestar á los personajes históricos vitalidad y acción y poder, que sólo tienen las ideas progresivas. No puede olvidarse que así como del cielo azul vienen los ciclones

encrespando el mar, del alma humana provienen las ideas encrespando el pueblo. Y así como al ciclón fuerte, á sus ráfagas apocalípticas, á su vertiginosos remolinos, á sus colosales trombas, no puede oponer un buque resistencia formal, tampoco pueden oponer á las revoluciones, cuando son como los ciclones, fuertes y naturales, resistencia ninguna los Estados modernos. En la escala de los caracteres, Felipe II y Luis XVI son tan extraños uno á otro, tan contradictorios uno á otro, como en la escala moral fe y duda, resolución é incertidumbre, fuerza y debilidad, combate y resignación, indiferencia y odio, franqueza y disimulo, transigencia ó intransigencia, tolerancia é intolerancia; y, sin embargo, veamos con suma rapidez el periodo lleno de tempestades, á cuyo término se halló la República holandesa, y el período de guerras, asedios, estragos, desolaciones, exterminios, á cuyo término estuvo la revolución francesa, para convencernos de que luchar con las ideas es tan temerario como luchar con Dios. Leyendo el nacimiento de la revolución y de la República en Holanda, parece que leáis el nacimiento de la revolución y de la República en Francia.

El gran período de la revolución religiosa comienza en el momento mismo, en que comienza con viva fuerza y soberano empuje la retrogradación universal. Las fases de un astro, las estaciones de un año, las edades varias de una vida, los términos de una serie, no se coordinan con tanta lógica y en sistema tan riguroso cual esta revolución religiosa, que comienza en cuanto la teocracia declina con la muerte de Inocencio III, y que tiene su definitiva solución radical en las instituciones modernas, democráticas unas, doctrinarias otras, parlamentarias y representativas todas, emanadas á una del examen libre y de la emancipación espiritual. La revolución religiosa tuvo sus precursores en aquel abate Joaquín de Flora, cuyos extáticos ojos veían y cuyos labios elocuentes anunciaban el Evangelio eterno; en el apóstol San Francisco, renovador de la idea cristiana, tal como saliera de los labios del Redentor, y aplicada, como una nueva redención, á los opresores y á los débiles; en Gerson, que proponía el gobierno democrático para la Iglesia por su deseo de impedir el absolutismo pontificio á la cristiandad y que así llevaba la voz de los grandes concilios ecuménicos. Y luego, después de todos estos precursores, tuvo la revolución religiosa sus revolucionarios, que se dilatan desde Savonarola, el gran conciliador entre la libertad y la Iglesia, hasta Calvino y sus sectarios, los grandes fundadores de la democracia y de la República cristiana fuera de la Iglesia; y como después de los precursores, vinieron los revolucionarios, después de los revolucionarios, vinieron los reaccionarios. Y después de haber pasado la revolución religiosa por todas estas fases, naturalmente sobreviene la reacción representada por el jesuitismo, y por Felipe II, y por María la Sanguinaria, y por Carlos IX, y por Paulo IV, y por Pío V, y por tantos otros que, no obstante su fuerza y su pujanza irresistibles, en ningún modo aciertan á evitar que la filosofía se formule independiente de la Iglesia con Bacon y con Descartes; baje desde las altas cimas del pensamiento al sentido común humano con Voltaire y los enciclopedistas; pase á

la política por los movimientos revolucionarios, americano y francés, henchidos de ideas nuevas; y se concrete y encarné maravillosamente y con gran vigor en los dos principios reinantes hoy sobre el mundo; á saber, los derechos naturales del hombre y la soberanía immanente del pueblo. Inútil pretender que tales épocas lógicas, encadenadas naturalmente, se precipiten ó se retarden. Su fuerza está en su lento desarrollo. Así como desde la providencial aparición del gran Abelardo hasta el triunfo de la filosofía en Descartes pasan cinco siglos, aunque tales revoluciones se verifiquen allá en el puro espacio de la conciencia, y por medio de ideas mucho más elevadas y fuertes que los hechos; desde la providencial aparición del abate Joaquín de Flora hasta el triunfo de los principios democráticos y evangélicos en las revoluciones de América y Francia, se pasan seis siglos; pues no de otra suerte se van formando las grandes creaciones geológicas en la tierra y los grandes institutos sociales en la Historia. Indudablemente, así como no puede, no, evitarse que traiga el periodo de los precursores á los revolucionarios, no puede tampoco evitarse que traiga el periodo de los revolucionarios á los retrógrados. El pensamiento humano jamás podrá medir todo cuanto han hecho los transcendentales retrógrados conocidos con el nombre de jesuitas por la Revolución, á la cual denostaban y combatían. Ellos dieron al catolicismo un carácter práctico, positivo, con sus tendencias económicas y políticas; con su moral casuística y utilitaria. Ellos, en el combate contra la gracia y la predestinación luteranas, extendieron los gérmenes de la voluntad libre mal de su grado, como los protestantes mal de su grado también habían esparcido los gérmenes de la razón libre con la exaltación del criterio individual. Ellos, al fin y al cabo, representaban una fase del alma y una fatalidad del progreso inevitables. Las revoluciones humanas no pasan de la idealidad á la realidad y del periodo de las profecías al periodo de las soluciones, sino filtrándose por la reacción. Así aconteció en la revolución de Holanda y en la revolución de Francia. Lo hemos visto en la segunda; veámoslo en la primera.

En aquel pueblo mercantil suspendiéronse los negocios así que la revolución estalló. El comercio quedó sin movimiento, como un cuerpo sin sangre. Huyeron los mercaderes de las factorías, los trabajadores de las haciendas, las marinas de los puertos. El elemento aristocrático en su totalidad casi optó por la resistencia. Las cuatro principales ciudades de Brabante comenzaron la oposición á los ultrajes reaccionarios, y trajeron á las mientes de los poderes ciegos las antiguas libertades y los venerandos fueros del pueblo. Lo que más indignaba las conciencias y más hería los ánimos de aquellos valerosos ciudadanos, era el establecimiento de un reciente y nuevo tribunal eclesiástico, tan odioso como la Inquisición española; cuando sus instituciones y sus leyes no reconocían otro instituto de semejante clase que la corte del obispo de Cambray, cuya jurisdicción se reducía y estrechaba únicamente á los matrimonios, á los testamentos y á las manos muertas. Todo esto despertaba cóleras tan grandes, que se veía cernerse por los aires una próxima guerra.

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

Las pretensiones de los nobles y de los plebeyos flamencos á una contrastaban todas la política natural y consuetudinaria de Felipe II, basada en la intolerancia religiosa. Para llegar á entenderse los dos elementos en pugna, ¡oh! había necesidad imprescindible de que Felipe resultase otro monarca y Holanda otra nación. Varios sucesos graves antecedieron acompañaron y subsiguieron á estos sucesos. Desde luego, uno de los más importantes fué la entrevista de Isabel de Valois, Reina de España, con Catalina de Médicis, regente de Francia. Holgóse con la esperanza ésta de ver á su yerno, y no pudo lograrlo por la indolencia natural á Felipe II en materia de viajes. Acompañó á la Reina española el duque de Alba, quien pugnó con grandísimo empeño para pactar una inteligencia y alianza destinadas á perseguir y exterminar herejes. Mas la fuerza de Catalina y su autoridad sobre todo su reino, surgían entonces principalmente de las discordias religiosas entre sus divididos vasallos. Así, en vez de concordar á los Colignys con los Guisas y á los hugonotes con los ligueros, desacordábalos cuanto podía para mejor dominarlos. Á pesar de los talentos diplomáticos empleados por el duque de Alba y la Reina Isabel en tanta empresa, no llegaron á concordar la intolerancia ortodoxa de Felipe con la tolerancia política de Catalina. Sin embargo, las gentes de Flandes creyeron que los dos poderes primeros de la Europa moderna se habían unido para su perdición y exterminio; resultando la inútil entrevista como nuevo tizón arrojado al fuego de la discordia, y como fomes nuevo de revolución y de guerra. Otro de los sucesos del día fué la boda del conde Montigny, á la cual siguió la boda del príncipe Farnesio. Hijo de Margarita éste, había llegado desde Madrid á Bruselas en compañía del ilustre prócer y general Egmont, á cuyos cuidados le confiara Felipe II en persona, quien amaba tiernamente á su preclaro sobrino. Educado en España, parecía, no obstante su origen italiano, más español que los españoles el joven Alejandro Farnesio. Correctamente no sabía escribir ni hablar ninguna otra lengua más que nuestra lengua nacional. Así, no atrajo mucho en su favor á la susceptible aristocracia flamenca. De natural imperioso, de genio militar, de propensiones invencibles al mando, de austera educación, de fe católica exaltada, no podía prevalecer ni dominar moralmente allí donde ardian con tal viveza los elementos de las ideas nuevas y tronaban con tal estruendo los huracanes de las pasiones revolucionarias. Además, Alejandro padecía de una increíble altivez rayana en soberbia. Siempre que topaba con algún patricio flamenco mostrábase muy despegado; y cuando tenía que convidarlos á la mesa, colocábase solo en sitio altísimo y en amplio sillón, dejando á los demás próceres sitios inferiores é incómodos y humillantes taburetes. Casado con la infanta doña María de Portugal, su casamiento fué ocasión también de grandes fiestas, y las fiestas motivo á dispendiosos gastos. Para encarecer á cuánto montarían, basta decir que parecieron excesivos al mismo padre del príncipe. Aborrecían á éste los flamencos todos con tal aborrecimiento que hasta los más avisados y despiertos veían en el imperioso y altivo Farne-

sio un verdadero imbécil. Mas engañábanse á todas luces. Aquel joven de veinte años, tan reservado y tan soberbio, debía ser uno de los más altos políticos y uno de los más consumados capitanes que produjera su siglo. El nombre de Alejandro Farnesio es inmortal, tanto en los anales de la guerra, como en los anales de la prudencia.

Mientras tanto crecía con extraordinario crecimiento la revolución religiosa por toda Flandes. El mismo día, en que se casara Farnesio celebrábase, á la luz de las iluminaciones regocijantes en Amberes, una reunión importantísima. El joven Francisco Junio, recién llegado de Ginebra, la ciudad del Cristianismo republicano, predicaba en palacio de antiguos nobles con arrebatadora elocuencia la nueva idea religiosa y política. Hostigado, como todos los grandes oradores, por su genio interior, no se daba punto de reposo en esto de la predicación evangélica. ¡Cuántas veces como le sucediera en Breda, predicando la doctrina calvinista, entraba por los cristales del salón espacioso, en que á los suyos reunía, el reflejo de aquellas hogueras, dentro de las cuales se consumían los mártires de la nueva ideal su presencia en este lugar ocasionó la liga de Breda, que debía resultar más tarde como el primer fundamento y base de la revolución religiosa. Esta liga tenía por objeto único el oponerse los ligados á las crueldades infinitas de la Inquisición católica por medio de un compromiso. Redactado este compromiso de Breda, sin que se advirtiesen de ningún modo en su redacción las ideas, á las cuales obedecía, ni bien protestantes ni bien católicas, estaba destinado á recibir gran suma de firmas. Imprimieronlo bien pronto en multitud de interesantes ejemplares los ligados, y propagáronlo por todas partes, pidiendo adhesiones. Mauricio de Santa Ildegonda, militar y teólogo; Luis de Nassau, hermano del Príncipe de Orange; otros muchos celosos caballeros fundaron aquella considerable asociación, y la sirvieron como buenos jurando ante Dios y los hombres, con juramentos inextinguibles, no darse día de reposo hasta lograr la extirpación del Tribunal de la Fé, tan opuesto á los antiguos privilegios flamencos y á su sacrosanta libertad. La liga en sus comienzos no perteneció ni á las altas clases ni á las clases populares. Entrando en ella la nobleza media, no entraron los nobles de principal rango, como los Montignys y los Oranges. Pero, poco á poco, el estado de aquellas tierras devoradas por la despoblación, el espectáculo de aquellas hogueras henchidas de mártires, el desmayo de la industria y del comercio, perturbados por tales desórdenes, llevaron al compromiso de Breda innumerables firmas puestas á su pie por el verdadero pueblo.

Movidos por este satisfactorio resultado, escribieron los comprometidos una exposición para presentarla personalmente á la princesa Margarita. Conciliador hasta entonces Orange trató de suspender aquellas manifestaciones y no pudo conseguirlo en modo alguno. La exposición se redactó, y la presentación á Margarita se decidió por voto unánime de todos los convenidos, á cuyo frente se puso el conde de Brederode, quien creía descender de los antiguos soberanos holandeses y presentar por lo mismo al trono de aquella región

